

¿Dictaduras para el desarrollo?

Hoy la mayor parte de América Latina vive en regímenes dictatoriales. No se trata de caudillos. El cesarismo democrático, si alguna vez existió, no tiene nada que ver con la situación actual. Las dictaduras actuales no significan tampoco la mera suspensión de las libertades políticas liberales como camino provisorio para llegar a instaurarlas posteriormente en una sociedad ya modernizada. Esa ilusión ya pasó.

Hoy las dictaduras latinoamericanas son la única manera de enfrentarse al problema inaplazable del desarrollo sin tocar ningún interés de la oligarquía tradicional, de la burguesía importadora y de las compañías transnacionales.

La base económica de las democracias de los años 60 fue la Alianza para el Progreso: Estados Unidos ayudaría a los países latinoamericanos a despegarse del subdesarrollo y a dar el salto al desarrollo. La ayuda consistiría en capitales, bienes de equipo y tecnología. El presupuesto de esta alianza era que el desarrollo de cada país era independiente y que a la oligarquía de cada país —controladora del Estado— le interesaba el desarrollo.

La puesta en marcha de la Alianza significó la comprobación experimental de que sus presupuestos no eran sólidos. Fue palpable hasta para el gran público la ligazón estructural entre el subdesarrollo del continente y el superdesarrollo de USA. Y se comprobó una vez más que las oligarquías latinoamericanas no eran burguesías capitalistas capaces y deseosas de crear riqueza nacional sino grupos usurarios y dependientes.

Entonces iba apareciendo claro que el desarrollo latinoamericano entrañaba simultáneamente el quebrantamiento de los intereses oligárquicos tradicionales y la independencia económica respecto de USA. La concientización inherente al proceso democrático fue llevando en esa dirección a vastos sectores del continente. Sin embargo incompetencias y sectarismos de la izquierda unidos a la tremenda presión de los grupos dominantes que se sintieron amenazados obraron, comenzando desde Brasil, una reacción que se ha ido adueñando de la mayor parte del continente. El resultado son las dictaduras actuales.

LA LOGICA DE LA REPRESION

Podemos describirlas como desarrollismo a base de endeudarse con grandes empréstitos, meter a las transnacionales a producir para la exportación, desarticular a los sindicatos, domar a los partidos, mediatizar a las universidades, silenciar los medios de comunicación y transformar a los militares de custodios activos de la democracia en privilegiados segregados, espías y torturadores. Todas estas características son necesarias y están estrechamente ligadas. La meta es el desarrollo, éste supone capitalización y capitalización es ahorro. Naturalmente que las transnacionales no ahorran para el país: su funcionamiento exige por el contrario grandes márgenes de ganancia y facilidad para trasladarla a su país de origen. Tampoco la oligarquía sacrifica su consumo suntuario. Luego el peso del desarrollo cae sobre empleados, obreros y subempleados. Pero esta política económica exige acabar con cualquier organización popular ya que un pueblo concientizado, articulado y con poder político no puede permitir esa política económica. De ahí la necesidad de la represión. Y la necesidad también de una manipulación y represión ideológica ya que esta injusticia estructural no puede aparecer así desnudamente sino que necesita autojustificarse: por eso la represión a los intelectuales y el control absoluto de los medios de comunicación.

Por eso tenemos que insistir en que actualmente las dictaduras latinoamericanas son la consecuencia lógica de una determinada opción desarrollista y la represión y la tortura no son abusos de algún funcionario sino que pertenecen a la entraña misma de estos regímenes.

Por eso organizaciones humanistas que en el interior de estos países hermanos luchan meramente contra las violaciones de los derechos humanos son acusadas lógicamente por sus gobiernos como opositores políticos. Es la situación por ejemplo de grupos e instituciones cristianos y miembros relevantes de la jerarquía.

Pero de ahí también que resulten abstractos los análisis de organizaciones continentales que condenan la represión y el terrorismo pretendiendo evadir un análisis estructural. Ese es desde luego el análisis de nuestra burguesía que se hace la escandalizada de las consecuencias brutales de unos planteamientos que apoya. Esa es sobre todo la contradicción de USA. No ya de su gobierno, que apoya abiertamente a las dictaduras y consagra solemnemente al régimen represivo e imperialista de Brasil, sino de su prensa liberal y de gran parte de sus intelectuales

que propugnan por una parte una política de libertades democráticas para América Latina y que apoyan por otra la política de las transnacionales que engendra las dictaduras.

Porque, tenemos que recalcarlo, esa cadena que acaba en las cámaras de tortura de nuestros países tiene su eslabón más fuerte en la organización económica de los Estados Unidos esencialmente imperialista y que nos considera como su zona natural de influencia. Es una paradoja enorme y dolorosa que USA, que lució ante nuestros libertadores como la estrella de las libertades y del progreso, sea hoy —el año del bicentenario de su independencia— en América Latina el principal obstáculo para la construcción de democracias sólidas y el principal aliado económico, político, militar y policial de todas las tiranías.

EL RETO DE VENEZUELA.

En este contexto de la Patria Grande —hora negra como pocas en el siglo— Venezuela vive en un sistema democrático. Sería ridículo que por ello nos creyéramos superiores a las naciones hermanas. En primer lugar porque nuestra democracia debe mucho al petróleo: él es la cómoda fuente de ahorro para financiar sin costo social interno —y por lo tanto sin graves tensiones sociales— nuestro desarrollo. En segundo lugar por los grandes vicios de nuestra democracia ya que gran parte de esos ingentes recursos se desvían de su función natural que es crear riqueza nacional y mueren en las manos de una oligarquía que derrocha y no invierte en bienes de producción o se desaguan en la sangría infecunda de una burocracia ineficaz. De este modo la mayoría del país ve con creciente impaciencia cómo se van postergando las grandes decisiones, cómo se crean peligrosos hábitos de facilismo y cómo se estanca la capacidad de generar puestos de trabajo productivos.

Pero aun con estos graves fallos estructurales, existe en nuestro país el hecho de la democracia y creemos que sería insensato infravalorar las posibilidades que encierra. En estos 18 años la democracia se ha convertido en un elemento constitutivo de nuestra vida nacional y de nuestro más íntimo modo de ser. Y esta transformación debemos valorarla como una adquisición de trascendencia histórica. Nuestro sistema adolece de graves irregularidades. Pero hoy no podemos pensar que una dictadura pudiera solucionarlas. Hoy una dictadura no sólo no solucionaría nada sino que engendraría casi inevitablemente la misma situación monstruosa que viven otros países hermanos.

Decía hace poco el ex-Presidente Calderà a los pioneros del sindicalismo en Cabimas que nuestro orgullo venezolano no reside en el petróleo sino en la democracia. Y habló de los obreros como del principal baluarte de la democracia venezolana. Es un criterio que comparten el actual Presidente y el partido mayoritario. El Presidente del Senado ha hablado de la oposición de las petroleras a la nacionalización y es palpable hoy la oposición de Fedecámaras a ciertas medidas del Gobierno. Cuando le tocan un mínimo interés, la oligarquía salta.

Es que la elasticidad del sistema parecería estar llegando a sus límites: los ingresos petroleros no van a aumentar, la inflación sigue, la masa de la población presiona, están en marcha grandes proyectos y la oligarquía no admite que le toquen ni con el pétalo de una rosa. ¿Qué carta va a jugar el Gobierno? Frenar el desarrollo es el suicidio. Es cierto que se pueden volver realistas los proyectos faraónicos. Pero a la larga sólo queda una política de austeridad. También en nuestro país tomaría cuerpo entonces la alternativa: o democracia popular o gobierno represivo y terrorista.

Ni aun con petróleo puede hoy durar una democracia alegre y despreocupada. Dictadura significa hoy en Latinoamérica que el costo social del desarrollo caerá brutalmente sobre el pueblo. De ahí —y no de peligros ideológicos— la necesidad de la represión. Democracia significará cada vez más desarrollo independiente y con el costo social del desarrollo distribuido armoniosamente entre los diversos sectores de la comunidad nacional.

Democracia en Venezuela será, pues, cada vez más equivalente a democracia popular. No podremos mantener por mucho tiempo la contradicción entre una legislación laboral inspirada en la justicia social y una política económica servidora de los intereses oligárquicos. Si los unos cuidan de los salarios y de las condiciones de trabajo y los otros de la ganancia privada ¿quién se preocupa de la productividad de la economía nacional? Y entonces ¿de dónde saldrá el capital? Nuestra democracia a la larga depende de nuestra capacidad para desarrollarnos. Pero eso no será posible mientras lo más conservador de la burguesía financiera esté en el corazón del Gobierno diseñando la estructura de su sistema de empresas y orientando sus asuntos económicos básicos, ni mientras el Estado malgaste sus recursos en burocracia parasitaria.

O la legislación laboral va acompañada de una política económica que promueva más la creación de riqueza nacional que la ganancia del capital o vendrá la represión. La política a base de dádivas e imagen pública tiene sus días contados.